

y su padre sobre ella, dándole furiosas puñadas, y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entraran el cochero y el paje, con cuyo auxilio pudieron librarla el señor Labín y el padre cura.

Lo ataron, como era regular, y lo metieron en su recámara; pusieron en otra á la desventurada Adelaida; llamaron á un médico, y se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á este tiempo, y el señor Labín pasó á informar á su excelencia, quien, como conocía su honrada conducta, le previno por orden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las arcas y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia, cuidando al mismo tiempo de la salud de don Tadeo.

Todo se hizo como el Virrey determinó. A Adelaida la pasaron á su casa en una camilla, porque podía perjudicarla más el movimiento del coche. Alguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron en tal estado, su marido y sus hijos comenzaron á llorar amargamente; pero ya no era tiempo sino de asistirle con cuidado.

El señor Labín, de acuerdo con el coronel y el cura, procuró que se anduviera cuanto antes el negocio de Carlota y Welster, sin que ella trascendiera nada de las

desgracias de los suyos. Con el favor del conde, y mucho más sabiendo el Virrey que su padre estaba loco de remate, concedió su superior permiso para que se casara con Welster, lo que se hizo secretamente en la misma casa de los condes, que se ofrecieron por padrinos.

Á pocos días se agravó don Tadeo, habiendo tenido la felicidad de que se le despejase el cerebro perfectamente dos días antes de morir. Él no era idiota, y aprovechó estos preciosos momentos; conoció sus yerros; se reconcilió con la Iglesia; se dispuso cristianamente; otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota; mandó que entrase su escribiente, y después que le dictó una carta reservada, la cerró con su sello, se la entregó al señor Labín, suplicándole que después de su muerte y funerales la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevía á ver, confundido de su inicua conducta. Recibió los santos sacramentos, y el día siguiente murió como cristiano quien había vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida, porque ésta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre; pero tenía bastante prudencia, y así fué fácil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció más de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labín, el cura, el coronel y Welster mismo emplearon sus talentos para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota, que como la mejor hija lo sintió más; pero por fin, las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de costumbre, y cuando al señor Labín le pareció, las hizo estar juntas y en su presencia abrió la carta de su padre: á su ruego la leyó y oyeron que decía de esta manera:

CARTA DE DON TADEO Á SU HIJA CARLOTA

«Querida hija mía: A las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y temiendo me faltara, te iba á precipitar en un abismo de miserias; te iba á hacer infeliz eternamente, precisándote á abrazar un estado para el que no tenías vocación, sin considerar que no era mi autoridad ilimitada y que el Dios de bondad y de justicia no exige de nosotros sacrificios violentos ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interés, me desentendí de estas verdades,

sofoqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien y atropellé con las censuras de la Iglesia, haciéndome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

»Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido derramarlas sobre mí, con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razón que había perdido, quiero yo corresponder en algún modo á su bondad y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

»Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdón, hija mía, de los agravios que te inferí. Perdóname, Carlota, perdóname, hija de mi corazón; no te acuerdes que tuviste un padre cruel ni ceses de rogar á Dios por él.

»Pídele también de mi parte perdón al joven Welster, al coronel, al señor Labín y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

»Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas escenas desgraciadas.

»Tengo otorgado mi testamento, en el que te nombro por heredera de mis bienes. Distribuye el quinto de ellos por tu mano en beneficio de los pobres, para que Dios perdone mis pecados.

»Unete en su santa gracia con Welster, pues no te desmerece y tú lo quieres. Procura vivir en paz toda tu vida, y si tuvieres hijos, jamás abuses de tu auto-

ridad para violentarlos á que abracen el estado que repugnen.

»Dígnate, en fin, de admitir esta carta, como la única satisfacción que puede darte un padre que te ama y apenas puede respirar. Yo quisiera estrecharte entre mis brazos por última vez; pero conozco tu corazón sensible, y temo que facilitarte este paso sería tal vez asesinarte con amor. Recibe desde aquí mi postrera bendición; Dios te prospere en tu nuevo estado, Dios dilate tus años en la más perfecta salud, Dios te llene de bienes y de gracia y te haga feliz eternamente.

»Adiós, hija querida; adiós para siempre, hija Carlota; recibe en tu corazón el de tu arrepentido padre

TADEO.»

Bien se deja entender la conmoción que causaría en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor á proporción de la parte que tenía en él; Carlota y Adelaida levantaban sus ayes hasta el cielo; Welster estaba sin moverse apoyando la frente en sus dos manos; doña Matilde y las demás señoras no podían interrumpir sus sollozos cuando consolaban á Carlota; el coronel y el cura se paseaban en silencio por la sala, limpiándose los ojos cada rato; el señor Labín le dió la carta á Welster humedecida toda con sus lágrimas y se fué á sentar en

un rincón. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Éste se aumentó vivamente cuando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los pies de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compungida le decía:

—¡Ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. ¡Soy una vil, una indigna, que por un ratero interés tomé de tí una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre! Yo llevaré en mi cara toda la vida las señales de mi maldito proceder; pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. ¡Perdóname Carlotita, perdóname, hermana de mi vida!

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir; y así, levantándola á sus brazos, la estrechó en ellos, la besó mil veces en la cara y mezclando sus lágrimas con las suyas, le decía:

—¡Cállate por Dios, Adelaida; ya basta, ya todo se acabó! Yo jamás te he tenido rencor; siempre te he amado y desde ahora te juro que te he de amar más que nunca...

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las dos, dijo el coronel:

—Ya basta, señoras, ya está bueno; seamos sensi-

bles; pero no nos entreguemos á la pena sin prudencia y sin moderación. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios. Don Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compunción, ni Dios nos pide más para perdonarnos que un arrepentimiento verdadero. Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento: ahora es menester sostenerse en los motivos que tenéis de consuelo. Advertid que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposición cristiana y ésta le abrió las puertas del Paraíso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenación hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de los accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio y él se previno con tan cristiana disposición, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que cuantos padres lo imiten en la culpa tengan el tiempo, los auxilios y la resolución necesaria para imitarlo también en la penitencia!

Así consoló el coronel un poco más á las dolientes, y doña Eufrosina, como tan obsequiosa, les sacó vino y soletas, que les obligaron á tomar.

Los demás señores procuraron variar la conversación con disimulo hasta que lograron serenarlas. Don

Dionisio les instó para que aquel día lo acompañaran á comer las dos hermanas, Welster y el señor Labín, á lo que condescendieron gustosos. El coronel no quiso quedarse, y así se despidió de todos, y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.

